

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA

COLECCION DE FOLKLORE

SANTA FE

187

IRIGOYEN

Maestro JULIA TORRES DE PERINO Escuela N° 15

Fojas 0

OBSERVACIONES

Localidad. Estación Higueren.

Escuela Nacional N.º 15

Nombre del maestro que la remite: Julia Corredor Perino

Persona que la envió: Sr. José María Sotelo.

Edad de esa persona: 35 años

El maestro ignora que la span otras personas.

Narración

Lo de antes

En el año 1846 doña Juana Córdoba de 16 años de edad, contrajo matrimonio con Don Basilio Lozada de 38 años nacido en España pero casi argentino puesto que lo trajeron a estas tierras cuando aún no había cumplido un año y no conoció a sus padres por haber fallecido estos antes que él tuviera conocimiento. Bien, don Basilio al llegar a los 19 años contrajo enlace con una criolla llamada Tuforiana de cuyo matrimonio surgieron tres hijos: Manuel, Guillermo y Rufina. Don Basilio se dedicó según la costumbre de la época a la cría de ganado y como por instinto (pues era de pura sangre extranjera, española) se dedicó también a sembrar algo pero muy en pequeña cantidad: una o dos cuadras de maíz algunos surcos de zapallos, sandías, etc.

Para evitar perjuicios en los cuadros sembrados resolvió construir zanjas de un metro de profundidad por un metro y medio de ancho rodeando los terrenos cultivados y también para guardar las ovejas hizo cercos de ramas y después hasta pequeños potreros ganjeados para caballos y lecheras. Cuando quedó viudo contrajo enlace como más arriba digo con doña Juana Córdoba de cuyo matrimonio nacieron dos hijos: Vicente y Elena. A fuerza de trabajo lograron formarse un buen pasar pues tenían un lote de hacienda vacuna, zaguarizos y lanares.

En el año 1848 en una noche muy clara de

luna llena y muy despejada llegó a la casa de don Basilio un chasqui con la noticia de que un numeroso malón de indios venía terminando con los escasos pobladores de esos tiempos. Luego de cambiar caballo siguió el chasque llevando la noticia a los otros pobladores. Don Basilio como hombre previsora había construido un pequeño fuerte de palo a pique que podía servirle de defensa en casos como el que aquí relato.

Una vez despachado el chasque resolvieron entre marido y mujer cómo harían para ponerse en salvo de la indiada. Doña Juana prefirió huir al campo y ocultarse entre los grandes pajales de la costa de la cañada llevándose consigo a su hijita Elena que solo contaba cuatro meses de edad. Don Basilio se quedó en el fuerte con su hijo Vicente también chico y un caballo gaimo parejero montado en esa época. No tardó mucho en que ya se sentían los gritos de los indios y el balar de las haciendas que estos arreaban y como a las dos de la madrugada empezaban a llegar los primeros indios a la casa de Don Basilio procediendo a forzar la puerta lo que consiguen fácilmente comprendiendo que los moradores habían abandonado todo por haber tenido noticias, lo que más los enfureció comenzando un saqueo a lo que nada escapó pues muebles que no podían llevar eran destrozados completamente. Las ovejas fueron muertas todas a lanzazos o degolladas no escapando ni una sola y llevándose todo el ganado vacuno y caballar. De esta forma don Basilio y su mujer quedaron con la ropa que tenían puesta y el caballo gaimo. Doña Juana se salvó milagrosamente pues el arreo que los indios traían (unas dos mil cabezas más o menos) pasó a cincuenta metros del escondite por ella elegido y temiendo que la nena se despertara con la gritaría de la indiada y ser descubierta por el llanto de la pequeña pero nada sue-

dió y ella atribuye a un milagro de la Virgen del Rosario de quien era muy devota y no cesó de rezarle desde el momento de ganar el campo.

Como Don Basilio había previsto el saqueo se guardó en el tirador todo el dinero que poseía (bolivianos) y nuevamente compró ganado para seguir trabajando logrando nuevamente hacerse de un gran capital y adquirir una porción de tierra en cambio de vacas y caballos.

A los 53 años de edad dejó de existir Don Basilio pero siempre en la ley según expresión de criollos de aquella época pues murió de muerte repentina, se le encontró en el monte donde había ido a hacer leña muerto sentado en el recado con el hacha al lado, la tabaquera en la mano, un cigarro a medio armar y el sombrero sobre la rodilla lo que demuestra que lo sorprendió la muerte en momentos que se tomaba un pequeño descanso de su fatigosa tarea.

Una vez viuda Doña Juana adquirió una casa en Coronda para pasar el resto de sus días pero siempre atendiendo a su pequeña estancia la que visitaba casi a diario y que distaba 8 leguas debiendo hacer este trayecto a caballo.

El año 1861 falleció su único hijo víctima del cólera que causó tantísimas víctimas pues familias enteras morían sin tener siquiera quien le diera la más insignificante medicina. Hubo que improvisar cementerios (de los cuales existe todavía hoy día uno en este distrito de Trigoyen) donde se daba sepultura a los que no tenían deudos que los condujera a Coronda única localidad donde había cementerios y según dicen hubo algunos que los enterraron moribundos pues el que enfermaba se consideraba muerto. La hija de Doña Juana, Elena, casó a la edad de 30 años con un buen hombre, joven, trabajador, muy honrado

y desde esa época fué el administrador de los bienes de su señora madre política consiguiendo con su constante trabajo y por el mismo valor que tomaban las tierras reunir un capital que les permitió vivir de rentas.

Doña Juana falleció a los 86 años de edad en la ciudad del Rosario rodeada de comodidades y del cariño de sus hijos y nietos.

Localidad: Estación Gigoyen.
 Escuela Nacional N.º 15
 Nombre del Director o maestro que la remite Julia Torres de Perino
 Persona que la escribió José María Lolo
 Edad de esta persona 35 años
 El maestro ignora que la usan otras personas.

Narración

Tiempos de antes.

Allá por los tiempos 1885, 86, 87, etc., cuando todo esto era campo abierto donde se encontraba una población o ranchada cada tres o cuatro leguas; cuando para comprar yerba, azúcar o tabaco, había que bajar a Tronada distante 8 leguas y que sólo se contaba con caballos criollos pero muy buenos; cuando para conducir un enfermo o una familia sólo se disponía de una carretilla (carrito de dos ruedas con eje de madera tirado a la cincha de uno o dos caballos) fue en esa época en que Don Higinio se hizo cargo como mayordomo de la estancia "El Olvido" propiedad del Sr. Bernardo de Gigoyen compuesta de 14 leguas de campo virgen y abierto.

En esa época los peones ganaban de \$12 a \$15 mensuales y el mayordomo \$50 y 10 terneras por año en cada marcación.

En el año 1885 había una existencia de unas cincuenta mil cabezas de ganado vacuno cuyo precio era de \$10 a \$15 según fueran vacas o novillos; los caballos se pagaban de \$4. a \$5 c/unos. El personal de la estancia se componía de 25 a 30 peones incluído los puesteros. Todos los días había que hacer el repunte que consistía en efectuar una gira por los cuatro costados del campo, pues las haciendas se mezclaban con otras de los linderos. Como la distancia a recorrer era mucha, había organizado

Don Higinio especies de postas en la que había puestos donde los peones cambiaban los montados por caballos de repuesto.

El trabajo de estos puesteros consistía en domar y recoger el campo que tenían señalado, cuerear los animales que morían y solo cuando había trabajo extraordinario en el establecimiento eran llamados.

Como había tanto trabajo de a caballo había que hacer siempre cueros caballos para lo que había permanentemente dos o tres domadores en la estancia o más de que todos los puesteros debían ser domadores para ser admitidos como tales, debían entregar la tropilla formada de 14 caballos todos de un solo pelo y la yegua madrina que también debía ser mansa y de un pelo contrario, los caballos tenían que ser mancos de freno y las tropillas ser bien entabladas y seguidas en tal forma que llevando la madrina de tiro, la seguían todos los caballos a donde la llevaran. Don Higinio seleccionaba sus hombres según la capacidad de cada uno, así es que los Buenos quintes que siempre eran los más hacían los trabajos de campo, los demás, trabajos a pie: componer encenadas, alambrados, cavar jagüeles, terraplenar bebidas, etc.

Oh! tiempos, si era un orgullo

Ver quintear a un haciano
cuando era diestro y vaquiano
y aunque el potrero se solia
no había uno que no parase
con el cabresto en la mano.

Cuando llegaba el tiempo de marcar en junio y julio, entonces se ocupaban peones por día ya fueran de a caballo o de a pie. Las hueras duraban entre marcar y cerdear (pues a la yeguada se buscaba) un mes más o menos según como acompañaba el tiempo.

Estos trabajos eran muy fuertes y peligrosos pues el paucano en cada momento estaba peligrando la vida ya fuera por un toro embrocado o por un tiro de lazo mal dado. De esto recuerdo un caso: Un peón, Pedro Tucumanos (alias) Tucumanito, estaba enlazando padrillos para castrar, quite en un redomón que a toda fuerza quería hacer caballo pero que no le podía dominar la boca por más que había puesto freno circular; el mayordomo le hizo insinuaciones para que desistiera de su empeño pues veía el peligro pero el Tucumanito quería enseñar a su potrillo. Enlazó el padrillo más grande y chúcaro que entre el montón había y no pudiendo manejar a su montado fue derribado en el primer tirón sin dar tiempo al Tucumanito para nada, cayendo debajo del animal que montaba sin que sus compañeros tuvieran tiempo de ayudarlo pues cuando uno de ellos a pie, sacando su cuchillo cortó el lazo, Pedro no era más que una bolsa de huesos, estaba destufo, la mitad de la lengua se encontró después de mucho buscarla a veinte metros de donde fue recogido el cuerpo, tenía fracturados los brazos, piernas, espina dorsal y cuello.

Cuando había que parar rodeos la peonada se levantaba muy temprano, a la una de la madrugada y alrededor del fogón comentaban las peripecias del día anterior ocurrida a tal o cual de los del grupo, entre ricas e indirectas: "Inozo que se vio apuras a aquel que te dije ayer fue pucha si era un mono en el aca del pangaré ya iba mirando ande caer y el aludido: "ansi hay ser, me vide apuras porque me abarajó en el aire, pero cuanto me le enderecé y me pude acomodar no me bajó ni aunque se corrió" - Ah! tigre que se tiene fe o será pura parada vos hubieras querido recibir los lanzazos que recibí el panguecho - Lenis razón "labillo" vos fuerte vos en el baste pero tenés un defecto que cualquier día te va

a basuriar cualquier sotreta e mala guelta; ¿Cuál es ese defecto tío Chume? - ¿Qué cos lerdos pa boliar el cuarto? es que montas con miedo. - ¡Ja ja! no me haga reír tío Chume que me duele la barriga; yo no conozco ese pájaro; no hay ser de por estos pagos. -

Mirá che; yo en mis tiempos no precicaba estribos, me le prendía de la vejía y de un solo salto estaba encima y dispuesto a conversarla. - ¿No haber estas yo en ese entonces pa ginitear el contrapunto; y diga tío Chume ¿quién era juez en ese tiempo? - ¿Tu ma... dina e la tropilla parece que está maniada.

Mucho antes de apuntar el día aparece el mayordomo y con un; Buenos días! les de Dios, contestado con Buen día señor, Buen día patrón, se corta la jarana y se hace el silencio. Dirigiéndose al capataz: ¿Se han churrasquiado? - Sí señor. - Buenos manda a encillar nomas que son las tres y la mañana va a estar despejada. - ¿Qué tropilla para Ud.? - Haceme traer los gateados? - ¿Cuál se agarra? - Ensillame el "Pocas-plumas". - ¿Ea bien.

Todos se dirigen para el lado de la encañada donde ya se escucha el sonar de los cencerros, nuevamente entablan los diálogos: "¿Lo víá garrar el carancho" - "¿Lo víá llevar el lazo por que víá garrar el zorro y quien sabe si entra a la ronda" - "¿Lo me le sienta al "mosquito" y vos; a cuál te le sentas?" - "No sé entuavía voy a mirarlos" - "¿Por que no agaras el "marceta" que es un pingo de mi flor" - "Pa dar vergüenza es güenazo" - "¿Si no agaras el "oreja" - "Otro que bien baila.

A la orden del capataz salen los peones en distintas direcciones y en cuanto empieza a aclarar se sienten por todo el campo los gritos de la peonada y ese campo un momento antes dormido y silencioso despierta como sobresaltado. A los gritos de los hombres se une el mugir del toro, relinchos de

caballos, el ladrido de los perros, el grito angustioso de las vacas corriendo tras el hijo que se desganata llamandola acutado por los perros que lo persiguen; cantidades de aves que vuelan sin rumbo y cuando se estrecha el cerco y la hacienda cada vez más junta, se ven mezclados entre ésta, cantidades de manducos, gamas, venados, etc., los cuales, al llegar la hacienda a las encenadas tienen forzosamente que volver y acutados, enloquecidos pasan rozando casi a los caballos que los pones montan y éstos con gritos y ademanes los asustan aún más y rien a carcajadas pero no les hacen daño pues está terminantemente prohibido por el mayordomo. Una vez al año y en época que no ponen huevos las avestruces, Don Higinio permitía a la peonada hacer una boleada en la que él también tomaba parte, se fijaba un día de fiesta para efectuarla y había que ver el contento de los criollos y el ansia con que esperaban el día señalado preparando boleadoras manduceras, reservando el caballo más ligero y guapo de sus montados etc.

Llegado el día, desde muy temprano están levantados y echan el repunte más rápido que de costumbre pues a las diez de la mañana ya hay quien está de vuelta en la estancia. Llegada la hora del almuerzo todos comen apresuradamente y hay quien no lo hace afanado en terminar un par de boleadoras, o una cincha de tieuto; inmediatamente todos van a encillar haciéndolo lo más liviano posible con una o dos coronas, el basto y un solo cojinillo y algunos sólo con una simple coronilla apretada con el pegual, ya todos listos se preparan a salir y hasta los perros parece que comprendieran que se trata de una cacería pues saltan alrededor de los caballos, ladran y se correstean uno al otro dando muestras de gran contento, salen todos los quintos juntos char-

lando a más y mejor hasta regular distancia del es-
tablecimiento donde don Piquín dice: "Vamos a abrir-
nos e inmediatamente muchas voces repiten: "¡a abrir-
se! ¡a abrirse! y van tomando sus distancias que
es de unos cincuenta metros de un ginete a otro
avanzando en los dos costados y deteniéndose el cen-
tro formando así un semicírculo para cerrarlo en
el momento dado. Con esta forma siguen la mar-
cha al paso, los caballos se ponen muy bríosos
pues una vez hecho el cerco parece que se dan cuen-
ta de que están de caza y al levantar una
gama, mandú o venado y sentir los perros la-
drando tras ellos, quieren correr y a duras penas
sus ginetes los contienen. Si una de esas presas
se levanta a poca distancia de un ginete, este lan-
za su caballo tras ella y veloz como una flecha
trata de darle alcance lo que casi siempre con-
sigue y entonces llegó el momento de lanzar las
boleadoras las que envuelven en el cuello de la
víctima haciéndola rodar por tierra. Llegado el
momento de cerrar el cerco, los dos extremos del
semicírculo se aproximan y se empieza a estrechar
las víctimas al verse rodeadas buscan donde escon-
derse, las gamas se esconden en los pajales más
túpidos, lo mismo hacen los venados, los mandúes
los imitan y pegan el cuello al suelo, pero infrua-
tosamente, tienen que ser descubiertos ya sea por
un hombre, o por un perro que lo ha olfateado.

Cuando se ha cerrado el cerco por completo to-
dos se reúnen y comentan la cacería, más o
menos todos han cobrado alguna pieza, quien
un mandú, una gama, venado, zorro o gato pa-
pero y hasta perdices y martinetas. Al caer la
tarde regresan a la estancia y cada cual se
dedica a acar los alones de un avestruz, o-
tros a acar un peludo o saucochar una pi.

cana de Candú y hasta algún gato gordo es acade para comerlo entre los comentarios de la cacería. Ya de noche mientras los peones charlan a más y mejor, los perros requiechan los huesos esparcidos debajo de los árboles con las cabezas ensangrentadas, las orejas partidas, las patas embaradas, resultados de las luchas que han sostenido valientemente y siempre victoriosos con gatos, zorros, víboras y víboras de la cruz y yararás. En estas corridas como en las recogidas siempre algún caballo rodaba y no pocas veces resultaba el ginetes con un buen golpe y hasta con una pierna o un brazo quebrado. De esto recuerdo un caso que le ocurrió a un puestero Juan Tril, él me lo relató en esta forma: Esa tarde llegó Palillo al pueste y me dijo de parte del patrón que al otro día había recogida y que yo saliera por la costa del estero "largo" tomando después por el lado de los ganjones grandes donde siempre quedaba hacienda mañera para caer al rodeo y que procurara no dejar hacienda esa noche. Ate un caballo a sogá, un ruano, muy manso, muy bueno y ligero en el campo pues quería llevar una cuadrillita de novillos mataderos que siempre se me quedaban en las recogidas pues cuando llegaban a la loma volaban atrás y disparaban como venados, eran chicos muy compañeros pues siempre que los vi estaban juntos. Al día siguiente me levante muy temprano, tome unos mates, ensille mi caballo y sali al tranco rumbo a la cañada, cuando medio aclaró encontré las primeras vacas que empecé a arrear despacio. Ya claro el día di con los mataderos y al primer grito dispararon y quisieron ganarse las costas de los ganjones donde el espartillo era muy alto y tupidos los taurinos. Le afloje al

ruano y los iba manqueando cuando se me acabó el mun-
do. Un tacurú que el caballo no vio porque estaba
tapado con las pajas fue la causa de la rodada,
no pude salir parado porque me traté en los
espartillos y el ruano me tapó; ni bien se levantó
el caballo yo quise hacer lo mismo pero no pude
y me di cuenta que estaba quebrado en la pier-
na pero no sentía dolor. El caballo estaba a cin-
co o seis metros de mí y como atontado por el
golpe no traté de agarrarlo pues me era im-
posible pararme. Me arrastré hasta un tacurú
que estaba cerca y me recosté en él. Laqueí
la guayara y me puse a arrollar un cigarro
en este momento salía el sol. Me dió una especie
de sueño que no sé si era desmayo y lentamente me
quede dormido sin sentir dolor alguno. Cuando
me desperté serían de diez a once de la mañana
tenía mucha sed pues el sol quemaba ya bas-
tante (era en el mes de noviembre), el caballo se
había retirado unos veinte o treinta metros, enton-
ces pensé en mi situación, alguien vería el ca-
ballo ensillado y se arrimaría a ver lo que ocu-
rriera, pero no fue así; el caballo poco a poco
se fue alejando y a medio día lo había perdi-
do de vista; el sol apretaba cada vez más y
un viento norte muy caliente hacía preagiar
tormentas la que yo sufría pues la sed iba
en aumento. Masqué espartillo para aplacarla
pero me resultó peor por que es salado. Tenía
la boca seca; ya al caer la tarde pensé en
prender fuego pues si me habían echado de
menos podían ver el fuego y calcular que yo
era quien había prendido la quemazon; a
duras penas me trepé arriba del tacurú y desde
allí arrojé un fósforo viento abajo y lo más dis-
tante que pude. Luego no más empecé a levantar

se el humo y rato después se extendía la quemazón, pero el viento norte calmó rápidamente y minutos más tarde empieza a soplar una brisa suave del sud la cual va en aumento pues se acerca la tormenta. Me veo en apuros; el humo me ahoga y el fuego se viene contra mí. Me saco el saco y con él me defiendo de las llamas. Felizmente el viento se pló fuerte y el fuego pasó rápido; me siento muy dolorido y con muchísima sed; ansío que se largue el aguacero; truenos, relámpagos y nubarrones negros que pasan; con toda mi alma imploro a Dios y clamo por agua pero nada. Unas cuantas gotas, el viento calma poco a poco y cae la noche oscura y muy templada; en mi desesperación vuelvo marchar arrastrándome hacia la loma pues una nube de mosquitos me acosa y me atormentan.

Entado, apoyándome en las manos emprendo una marcha penosísima pues mi puerina rota se calza a cada rato en los troncos quemados de las pajás y esto me produce insoportables dolores. Ya por la mañana no puedo más continuar y me quedo allí tendido. Como a medio día hago un esfuerzo y me siento. De cuando en cuando pasan lotes de hacienda rumbo a las aguadas; las que pasan más cerca las distingo si son vacunos o guarizos; los que pasan más lejos no los distingo pues mi vista está mal. Algunos vacunos se paran y me observan como a bicho raro y al hacer yo un movimiento disparan un trécho; se paran otra vez me miran un rato y continúan su marcha.iento unos bufidos y comprendo que una cuadrillita de mulas se acerca; pienso que por ellas puedo ser encontrado pues este animal es muy curioso; me quedo inmóvil; las mulas siguen arriándose y cuando están a siete u ocho metros levanto de golpe el saco; las mulas

dispararon rapidamente, como a la cuadra se detu-
ner y vuelven a sus observaciones pues yo me he que-
dado otra vez muy quieto y ellas no han podido des-
cubrir de que se trata. Haria como dos horas
que estaba en esto cuando ves que las mulas se
retiran y un quiste a todo galope se aproxima.

Lo puedo reconocer, lo ves muy alto, tiene para
mi vista unos siete metros de alto, llega y se
apera y cuando me habla recién lo conozco. Es
don Higinio el cual me dice: "Que te pasa Juan?"

Yo por toda respuesta: "Deme agua patron le
contesto. Para del bolsillo del sobrepuesto un pan
y una botella llena de agua, me da un boca-
do de pan el que mastico y mas sin lograr
humedecerlo, me arrima la botella de agua
a la boca pero me da un solo trago y me la
retira y nuevamente amasar pan. Sigue darme
dome de uno o dos tragos de agua y yo cla-
mando me la dejo tomar a toda de una vez;
que la sed me mata. Cuando queda la mitad
de la botella me la entrega y yo de un sorbo
me la torno a toda. Inmediatamente me ace-
meten fuertes calambres en todo el cuerpo los que
me hacen sufrir mucho. Parados estos, el patron
me dice: "Bueno, voy a la estancia a traer el
carro para llevarte pues a caballo es imposible"
y continúa. Vi desde muy lejos las mulas y ense-
guida me dirige aqui a medida que me ac-
cercaba mas me convenia que se trataba de
vos dandome cuenta de tu ardid. Y asi era
las mulas me habían salvado. El día que me
quebré recién a la puerta del col se dieron cuen-
ta de que algo me había pasado pues fue en-
contrado mi caballo enillado en las tropillas.
Don Higinio pensó que me hubiera quedado
en el puesto por algun quebrar imprevisto

Y mi mujer creía que estaría en la estancia cuando se encontró el caballo. Inmediatamente se pusieron en mi busca toda esa noche y al día en que me encontraron. Una vez en la estancia Don Higinio ayudado por su señora me acomodaron la pierna que tenía quebrada en dos partes y me pusieron una vilma de huesos de perro que mado. Esto al secarse queda como yeso, a los cinco meses me levante de la cama y a los seis ya caminaba sin muleta. Durante todo ese tiempo siempre estuve atendido por la señora Elena."

Legado el día de la tierra y ya las encenizas llenas de hacienda antes de empezar el trabajo Don Higinio dirigiéndose a la peonada preguntó: "Que carne quieren hoy, potro o vaca? Los otros contestan casi todos y dos mendederos donadores replican: "Yo no patrón quien va a comer carne e caballo"? El mayordomo sonríe y dirigiéndose al capataz ordena: "Martínez, elija una yegua gorda que sea adonada y haga la matar", y dirigiéndose a los dos paisanos: "Uds. que con más delicados vayan a carrear una vaca" y acomoden bien la carne"

Y Don Higinio como buen mendedero tampoco le gusta la carne de potro. Inmediatamente empieza el trabajo ordenado por el mayordomo.

Culano y Tutano a caballo, para esto, dos de a pie y así se van formando las parejas dos a caballo para enlazar y dos a pie que sirven al animal y aprietan. Estos al tener el animal en tierra, gritan: "Marca" El marquetero corre desde el fogón con la marca caliente, roja y la aplica al animal. Los fogoneros reciben nuevamente las marcas y las ponen al fuego pues siempre deben estar calientes y listas. Es obligación de ellos tener siempre carne asada

II
y agua caliente para cebar mate pues el trabajo
no se interrumpe todo el día, el que tiene apeti-
to va al fogón come apresuradamente, toma
unos mates y vuelve a la tarea y así se continúa
hasta ya entrado el sol, se largan las havién-
das y regresan a la estancia cenan un buen lo-
cro o un buen guiso acompañado con tortas fri-
tas y se retiran a descansar para el siguiente
día muy temprano reanudar el trabajo.

Localidad: Estación Higoyen
Escuela Nacional N.º 95.

Maestro que remite: Julia Torres de Seoane
Persona que los narra: Sr. José Castillo
Edad de esa persona: 48 años
Observaciones: Con refranes populares.

Refranes.

La ociosidad es madre de todos los vicios
A falta de pan buenas son tortas
Bada es queso bajo el sol
Todas las medallas tienen su reverso
Recula y saltarás mejor
El que teme de más cerca teme menos
En casa del herrero cuchillo de palo
La coltura de la lengua ata las manos
Agua parada no mueve molino
Después de la tormenta viene la bonanza
Para muertos e idos no hay más amigos
Una lluvia no hace invierno
Amor con amor se apaga
Amor loco yo por vos y vos por otro
La cosa mala ni viva ni pintada
Quien es amigo del vino enemigo es de sí mismo
Madre mia, daña crea
La mujer y el vidrio siempre están en peligro
Quien toma a dar se obliga
El buen vino hace mala cabeza
Un demonio no hace infierno
Una estrella no hace sereno
El temor ha de ser filial y no servil
El precepto comienza y el ejemplo acaba
A buen gato buen ratón
Cada loco con su tema y yo con el mío
Quien ama el peligro en el perece.

El mucho comer trae poco comer
 Mientras hay vida hay esperanzas.
 La pereza es el oncho del alma
 El viejo y el bomo por la boca se calientan
 Barriga llena, corazón contento
 Quien raca y no pone, llega al fondo.
 Quien come hasta enfermarse ayuna hasta curarse.
 Leer es lo roto que lo descosido
 Quien canta sus males espanta
 En todos los que llevan armas con militares
 Lo que se soporta con dolor se recuerda con placer
 Agua que corre nunca mal soje
 Carne de pluma quita del rostro la arruga
 Piedra molediza no la cubre el oncho
 Cosa mala nunca muere
 De la panza sale la danza
 No hay loro que no tenga suerte
 Gallina que cacarea es la que pone huevo
 Gal que se ataja pierde
 No hay profeta en su tierra
 Huelera larga, costurera corta
 Atras de la cruz esta el diablo
 El que a cosas se rie de sus picardias se acuerda
 Pan comido compañía deshecha
 Más vale remiendo mal hecho que agujero lindo
 Las medias para las piernas son buenas
 Cria buena fama y eskate a dormir
 No hay vieja sin dolor ni niña sin amor
 No hay quince años feos
 Más vale buena fama que rama dorada
 Un buen abogado es un mal vecino
 La unión hace la fuerza
 Dios da bigochos al que no tiene muelas
 No hay mal que dure cien años
 Si quieres que tu hijo crezca lavale los pies y rapale
 la cabeza